

AMORES Y DESAMORES DE UN POETA DESQUICIADO

(Werther)

Catorce de febrero, día de San Valentín; si he de ser sincero, lo odio. Y no es porque la novia me mandara a paseo hace dos meses o porque me incomode el profundo y descomunal amor que se profesan dos personas regalándose grandes y coloridos ramos de flores. Sin lugar a dudas, se trata de algo propio del nacimiento

Ahora bien, mi devoción a la poesía romántica queda patente en mi parva biblioteca. Nadie puede despegarme de Novalis, Chateaubriand, Keats o Espronceda. ¡Muera la razón y gobierne la pasión! No obstante, este aparente paroxismo queda en desatada palabrería, pues me caracterizo por la timidez y el comedimiento de mis actos.

Aquella noche de los enamorados protagonicé una escena sumamente cómica; difícil de creer. Han transcurrido ya un puñado de años y los hechos todavía reverberan en las estancias de mi mente.

Todo comenzó el día catorce de ese mes. Amanecía una soleada mañana en Ciudad Real. Me levanté de mi cama lentamente, de forma relajada. Una vez aseado y tras vestirme, me dirigí a la cocina con los ojos entornados, pues el sueño mañanero aún persistía. Ni el agua de la ducha es capaz de llevarse por el sumidero mis meditaciones con la almohada... No tardé en despejarme cuando me golpeé la cabeza con la puerta. Después del fastidioso percance (con “huevo” en el frontal de regalo), desayuné lo de todas las mañanas de Instituto, tazón de leche a rebosar y decena de galletas, pues no soy muy dado a los cereales. Desde luego, lo que se dice hambre, no paso.

A las nueve menos cuarto había quedado con María Jesús, Lucas, Manolo y Cristina en la esquina de “El Greco”, un bar contiguo a la Avenida donde vivo. No entiendo cómo se las apañaban estos chavales que siempre me tenían que esperar; bueno, lo cierto es que, como ya he dicho, me tomo las cosas con bastante tranquilidad.

-Luis, ¿qué día es hoy? – me preguntó María Jesús muy contenta.

-El día más feliz de mi vida –respondí irónico. Manolo me miró de soslayo y sonrió, pues sabía el poco aprecio que le tenía al catorce de febrero.

Las chicas dedicaron el resto del trayecto a hablar de sus devaneos amorosos. Por el contrario, Lucas, “Manu” y yo, que íbamos más adelantados, empezamos nuestra tradicional conversación de fútbol.

Las seis horas de clase se me aparentaron décadas, o mejor dicho, siglos. A lo largo de la jornada lectiva siempre salía a relucir el tema del santo; que si San Valentín

por aquí, que si San Valentín por allá... Durante el breve descanso de media mañana me dirigí a la mesa de mi amiga Milagros. Se trataba de un botijo parlante. Lo de botijo lo digo por su figura oronda y diminuta; lo de parlante, no necesita explicación. Esta joven simpatiquísima tenía vocación de letrado; siempre tan correcta y redicha.

-¿Qué te cuentas compañero? ¿Me vas a recita un poema o te vas a quedar ahí como un estafermo?

- Milagros, tú ya sabes que esto de la poesía requiere seriedad y tiempo. Además, yo, en San Valentín, los poemas los digo con retintín. ¡Anda, mira, si encima me ha rimado!

-¡Mucho Lord Byron, mucho Bécquer, pero todo de boquilla!- me espetó furibunda a la par que cogía el paquete de Ducados y abandonaba el aula con paso militar. Me quedé con cara de pazguato durante unos segundos y luego regresé a mi pupitre.

Las dos horas restantes transcurrieron sin nada que cupiera destacar. Bueno, realmente sí. Durante la clase de inglés, mi mesa empezó a llenarse de notitas anónimas dirigidas a “Peri” –el malote de la clase, producto arquetípico del sistema educativo español-; pero yo, que no sabía exactamente si estaba en el presente perfecto del verbo *to be* o con las papeletas, hice un montoncito y se las pasé a Carmen, la compañera de mi izquierda, quien las leyó con inusitada fruición.

Una vez tocó la campana indicando el final del día lectivo, los jóvenes cogieron la cartera y el abrigo, y salieron a una velocidad desorbitada. Lo que antes era una clase circunspecta se había transformado ahora en una desordenada turbamulta. Yo, haciendo acopio de prudencia, fui el último en salir del aula y del Instituto. Nuevamente, tanto María Jesús como Lucas, Manuel y Cristina volvieron a esperarme en la puerta principal del edificio. Las conversaciones se centraron, otra vez, en temas amorosos, a pesar de mis tretas para cambiar los diálogos intercalando anécdotas relativas a ciertos alumnos populares por sus gamberras hazañas; pero el resultado siempre era nefasto.

Me despedí de la caterva y, ya en casa, dejé el abrigo en el perchero y la cartera en la estantería de mi cuarto. Me apoltroné en el sofá del salón, dubitativo, esperando a que mis padres llegaran, pues acostumbro a comer con ellos. El chichón de la mañana ya se había apoderado de un tercio de la frente; suerte que la gente no me hubo confundido con un unicornio. Al rato el teléfono sonó; rápidamente (aunque parezca extraño) lo cogí por si acaso resultaba ser mi abuela.

-Hola, ¿quién es, por favor?

-¡Qué pasa tronco!-exclamó una voz atiplada.

-¿Qué hay Antonio? ¿Cómo te va la vida?

-Pues..., psss, así asao.

-Y eso, ¿por qué?

-No se si recordarás que me gustaba una chavala...

-Sí, sí, no será la tal Nuria.

-¡Sí señor! Tu lucidez me deja pasmado. ¿Qué desayunaste esta mañana, campeón?

-Muy gracioso, Antonio. Ve al grano.

-Como te he dicho, esta chica me pierde, pero el simple hecho de mirar su cara ya me pone más nervioso que un flan; y si es decirle alguna palabra, ni te cuento.

-Y qué quieres que te diga, muchachote, regálale un ramo de rosas rojas.

-No, tú ya me conoces, y eso de las rosas está muy mañido.

-Se dice manido, don Antonio Menéndez Pidal-le interrumpí.

-¡Bueno, bueno, como se diga! Yo quiero hacer algo original, algo que la deslumbre.

-¿Algo como qué?

-Algo como recitarle un poema mientras ella está mirándome en el balcón de su cuarto.

Como os podéis imaginar, no pude evitar “soltar” una carcajada. Una persona tan timorata como Antonio tenía que estar beodo para hacer algo así. Para mi casquivano amigo las mujeres son arcano indescifrable. Pero lo más asombroso es que siempre viene a preguntarme a mí, que de experto mujeriego y casanova tengo bien poco.

La conversación entre nosotros dos prosiguió. De vez en cuando tenía que elevar el tono de voz, pues el chaval es un poco duro de oído, aunque él se jacte de tener este sentido más desarrollado que una liebre.

-Entonces, Antonio, ¿estás seguro de lo que va a hacer?

-Pues claro –su voz trémula apenas daba muestras de sinceridad.

-Bueno, lo único que tengo que decirte es que tengas suerte. Ya nos veremos-. Antes de que me dispusiera a colgar el teléfono, me rebatió unas palabras.

-Pero chaval, no me cuelgues. Lo que quiero es que tú me ayudes.

-¿Qué? ¿Cómo?-inquirí atónito.

-Pues eso, que me ayudes: a-y-u-d-e-s, ayudes, ¿lo entiendes?

-Oye, oye, que el sordo eres tú.

-Luis, un respeto. Ya sabes que cuando pongo atención tengo el oído más desarrollado que una liebre. Mira, quiero que tú, esta noche, me acompañes a la casa de Nuria y te escondas en el portal. Yo la llamaré a su balcón desde la acera para que así pueda verme. Cuando abra la ventana de su cuarto, tú me irás susurrando poemas en voz baja y yo se los recitaré. De este modo caerá rendida a mis pies.

Me quedé absorto durante unos segundos. En un principio le habría dicho que no, pero al tratarse de mi mejor amigo con el que tantas aventuras y desventuras había vivido, le afirmé un tanto desconcertado que contara conmigo. La idea aparentaba descabellamiento. Antonio había leído la tragicomedia *Cyrano de Bergerac* (del escritor francés Edmund Rostand), y tan prendado había quedado de ella que llegó a confundir a Roxane con Nuria. ¡Cuánto pueden influir en un cándido adolescente un puñado de palabras! En efecto, la belleza de Nuria traspasaba los límites de la imaginación. Tenía dos años menos que nosotros y, sin embargo, su figura de fúlgido rubí nos dejaba anonadados. Su lacia guedeja anaranjada reposando sobre los hombros frágiles salpicados de pecas la hacía aún más irresistible. A todo ello debe añadirse su rostro sonrosado de querubín, así como su sonrisa almibarada, dejando entrever una brillante hilera de dientes perlinos. Y lo mejor de todo: ¡no tenía novio! Muchos valientes trataron de conquistarla y fracasaron en el intento. Nuria no era de aquellas que se dejan engatusar por chuletas del tres al cuarto; ¡ni mucho menos! Nuria era única e irrepetible. Y Antonio ya había contado con ello.

Quedamos a las ocho en punto en mi casa. Claro que, una hazaña de este tipo tiene su precio. De esta forma, concreté con él el estipendio: por cada seis pareados, una bolsa de *Doritos*; por tres cuartetos, un bote de té al limón, y por cada romance, una lata de *Coca-Cola*.

Este muchacho es informal donde los haya. Si quedas con él a una hora determinada, bien se presenta quince minutos antes de lo previsto, bien aparece un cuarto de hora después. Esta vez llamó a mi casa diez minutos antes. Ya preparado, cogí unos cuantos poemas que tenía guardados en mi carpeta de escritos para ocasiones tan improbables pero posibles como ésta y bajé al portal donde me aguardaba impaciente.

Cuando le vi quedé perplejo, pues rara vez me había encontrado a Antonio tan impecable. Tan solo le faltaba una corbata y un maletín para parecerse a un verdadero hombre de negocios. Sin duda, nada tenía que ver con aquel adolescente granudo de la Fiesta Fin de Curso del año anterior. Aquello sí que fue terrible. Tras “trincarse” tres cervezas se presentó a dos estudiantes *Erasmus* napolitanas que se habían colado en el

evento. <<Buona sera, zagalonas, ¿conocéis a Valentino Roosssiiiiii?>>, masculló mi colega con el acento propio de un recio campesino calabrés. Dichas esas palabras cargadas de romanticismo, las italianas dieron la espantada. A ello debe añadirse su indumentaria casi paramilitar: chaqueta verde, camisa color oliva, corbata camaleónica, vaqueros desgastados y zapatones negros de labranza. Mejor dejarlo así, no vaya a ser que hiera sensibilidades (incluida la mía). Lo único que se le ocurrió decir nada más verme fue que me podía haber presentado con una ropa más adecuada para tan importante momento.

Las personas que se cruzaban con nosotros por la Avenida observaban con un rictus de extrañeza a mi amigo. Cualquier pequeña mota que se posara en los relucientes zapatos de Antonio le obligaba a sacar de su bolsillo un pañuelo de papel y frotar sus castellanos granates.

Al llegar a la calle donde vivía la quinceañera, mi acompañante se paró y me dijo si tenía alguna mancha en los pantalones o en la camisa, pues debía estar a punto para la gran noche. Le respondí que su elegante ropa y sus deslumbrantes zapatos estaban más que perfectos, aunque no me fijé muy bien, pues estaba más pendiente de la grotesca escena que seguramente íbamos a protagonizar minutos más tarde. Tras ocupar cada cual sus respectivos puestos, Antonio me asintió con la cabeza, lo cual quería decir que Nuria estaba en su cuarto. Mi amigo lanzó una chinita a la ventana de la joven, quien, alarmada por el ruido, la abrió y se encontró con..., con..., ¡con este gran poeta de gallarda figura!

-¡Antonio! ¿Qué haces tú aquí?-exclamó la chica.

-Vengo a..., vengo a...

Mientras intentaba expresar, me miraba frunciendo el ceño. Rápidamente saqué de uno de los bolsillos de mi pantalón la hoja de poemas, la desdoblé y comencé a leer en voz baja de forma que Antonio pudiera entender lo que le decía (a pesar de tener la audición un tanto averiada).

-Pss, pss, Antonio, dile: <<Vengo a ver tu cara sonreír, la cual me obliga a suspirar bellas palabras para ti>>.

-Vengo a ver tu cara sonreír, la cual me obliga a musitar, palabrotas para ti- le dijo Antonio muy en su papel.

-¡Pero que dices Antonio, tú estás fatal!- le espeté alterado.

-¡Pero que digo, mujer, tú estás fatal!- exclamó el galán a la preciosa doncella.

Desde mi postura podía sentir las admiraciones despectivas procedentes de Nuria. Adivinando lo que ocurriría si no hacía callar a Antonio, le insistí en que viniera al lugar donde me encontraba para poder rectificar sus fallos.

-¡Muchacho!, ¿te has dado cuenta del lío que estás armando?

-Luis, lo siento. ¡Para qué mentirte!, me encuentro bastante nervioso.

-Lo que has de hacer es prestar más atención a mis palabras. Además, ¿no eras tú quien tenía el oído más desarrollado que un ratón?

-No , Luis, Más desarrollado que una liebre- me interrumpió Antonio intentando aclarar sus dotes auditivas.

-Lo único que te digo es que salgas a un lugar visible donde Nuria te pueda ver y le echas más valor que un torero en la plaza de “Las Ventas”.

Con estas palabras de ánimo conseguí que mi amigo volviera de nuevo a su posición anterior y comenzara a recitar hermosos versos a su amada. Las atentas miradas de las personas que cruzaban a nuestro lado incrementaban la tensión y el rubor. Mención aparte merecen dos procaces jovencuelos que, sentados en el portal de la vivienda de enfrente, no hacían más que escrutar la escena, intercalando alguna que otra carcajada bullanguera. Ciertamente la escena no podía resultar menos hilarante: dos poetas desquiciados recitando versos de amor a una adolescente que se estaba volviendo tarumba con tanta rima.

-Tus ojos son dos faros, que siete carabelas iluminan, siete grandes barcos, que por ti la mar dominan-. Así me pasaba los minutos leyendo en balde, pues el pobre Antonio siempre confundía alguna palabra y hacía del más bello cuarteto el más grave insulto.

-Tus ojos son dos faros, que siete, ¡digo ocho!, ¡ocho carabelas iluminan!, nueve o diez grandes barcos, ¡o las que hagan falta!, que por ti dominan el mar dominante de los dominios- barbotaba Antonio mientras intentaba establecer una proporción razonable entre el número de ojos y el número de barcos.

-¡Pero tú estás mal de la cabeza! ¿Qué intentas, reírte de mí? ¿Acaso te produce gracia mi cara?

Nuria se encontraba cada vez más alterada. De hecho, en uno de los fracasados intentos de Antonio por conseguir endulzar los sentimientos de la joven, ésta acabó por cerrar el kiosco, e decir, dar por finalizada la difícil interpretación que había llevado a cabo mi amigo.

Tras el impactante hecho, Antonio se me quedó mirando taciturno, dándome a entender que no todo se puede conseguir en esta vida. El diálogo de vuelta fue escueto.

Si salía alguna lacónica conversación versaba sobre fútbol o pesca, y era demasiado forzada e insustancial. Al vislumbrar sus ojillos titilantes me vi obligado a acompañarlo hasta la puerta de su casa, a portar su cuerpo exangüe como otrora hiciera Menelao con su compatriota Patroclo.

-Luis, ¿has visto el golpazo que ha dado Nuria al cerrar la ventana? Un poco más y se queda esta noche sin cristales.

-¿Y cuando tú te has quedado bloqueado con lo de las carabelas...? Eso sí que ha sido bueno.

El sobrio diálogo iniciado minutos antes comenzó a tomar cierta consistencia y humos. Empezamos a reírnos de la parodia que habíamos protagonizado y a comentar las anécdotas más significativas de la noche. Me despedí de mi gran amigo y le deseé lo mejor para otro San Valentín; en este ya había quedado suficientemente escaldado. *Oui, oui, l'amour, l'amour!* Amar apasionadamente y no sentirse correspondido, ¡terrible cuita! <<¡Que no daría yo por la memoria de que me hubieras dicho que me querías!>>, decía Borges.

Eran las once de la noche y las calles estaban desiertas; en todas ellas reinaba un silencio a veces interrumpido por el motor de algún coche o alguna moto que cruzaba por allí cerca. Entonces miré al cielo estrellado y pensé mientras sonreía para mis adentros: <<Estos han sido los amores y desamores de un poeta desquiciado>>.